

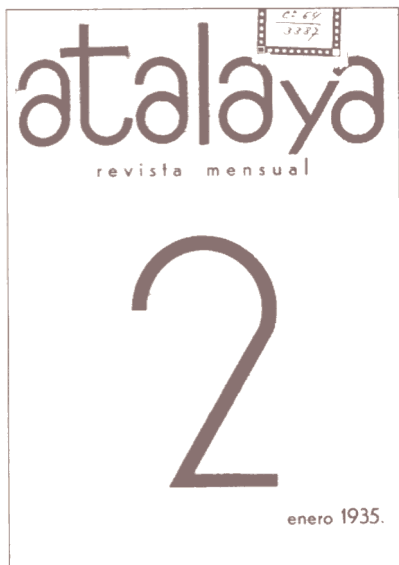
Las revistas culturales, ¿qué son y dónde se encuentran?

Jesús ARANA PALACIOS*

A pesar de que las revistas tienen un indudable papel en la vertebración cultural de un país o de una comunidad, no suelen ser motivo de estudio. Quizá porque constituyen una realidad demasiado cambiante y demasiado compleja. Sacar adelante una revista es una empresa colectiva que requiere el concurso de muchas voluntades. Lo decía nada menos que Jean Paul Sartre en la presentación de *Les Temps Modernes*, una de las publicaciones más influyentes del siglo pasado. Después de hacer durante varias páginas lo que era toda una declaración de principios y de intenciones terminaba así: “Como se ve, nuestro proyecto es ambicioso; no podemos llevarlo a cabo solos. Formamos inicialmente un reducido equipo y habremos fracasado, si, transcurrido un año, no somos muchos más. Hacemos un llamamiento a todas las buenas voluntades; serán aceptados todos los manuscritos, vengan de donde vinieren, siempre que se inspiren en preocupaciones análogas a las nuestras y que tengan, además un valor literario”. No basta una persona, por grande que sea su talento y su dedicación, para sacar adelante una revista. El esquema de funcionamiento de una revista dibuja una serie de círculos concéntricos.

A menudo un gran creador —T.S. Eliot, Ortega y Gasset, Sartre, etc.— está situado en un primer círculo actuando como verdadero corazón del proyecto, pero eso no es suficiente: es necesario un segundo círculo donde está todo el equipo editorial, los redactores, los correctores, etc.; un tercero, donde tiene cabida una amplia red de colaboradores y, por último, un círculo mucho más amplio: el formado por los lectores.

Octavio Paz, que fue motor de varias revistas importantes, escribía a propósito de una de ellas: “Más que una revista de coincidencias, *Taller* es una revista de confluencias”. Y esto es algo que caracteriza a la mayor parte de las revistas culturales, no sólo a *Taller*: generalmente más que una voz única, más que un discurso monocorde lo que las distingue es un mismo talante y unos criterios éticos y estéticos



41

básicamente compartidos por sus colaboradores. Las revistas culturales aglutinan en cada momento las distintas sensibilidades que conviven en una misma generación. En ellas confluyen escritores y lectores que tienen en común una forma de ver las cosas, y así terminan convirtiéndose en un punto de referencia y, en definitiva, en parte de nuestra identidad. Ocurre como con los periódicos. La persona que se pasea orgullosa con *El País* bajo el brazo quizá se sentiría molesta si tuviera que ir con el *ABC*; y el suscriptor de *Archipiélago* difícilmente se sentirá identificado ni querrá ser confundido con los lectores de una revista como *La ilustración liberal*. Las revistas tienen así una dimensión pública: son la trama que soporta el tejido cultural de cada comunidad; y una dimensión privada: son el filtro que cada lector elige voluntariamente para que le cuenten la realidad de una determinada manera. El lector otorga su confianza a una determinada cabecera y se la retira a otra y así se van creando unas complicidades en las que está en juego no sólo la vida de la revista sino el crecimiento personal de los lectores.

Las revistas son seres vivos que nacen, se desarrollan, se pueden reproducir y mueren con excesiva rapidez. También resucitan: pero este es un privilegio reservado sólo a unas pocas. Ésta es otra de las razones por las que es tan difícil abordar su estudio. Una revista no siempre muere porque los lectores le hayan dado la espalda. Algunas desaparecen porque han dejado de tener apoyo financiero, por cansancio o porque se producen luchas internas en sus consejos de redacción. Pero se dan casos en los que una revista deja de salir a la calle cuando ha cumplido una especie de misión histórica. José Carlos Mainer señala, por ejemplo, la paradoja o, si se quiere, la injusticia histórica que supuso en la España de la transición que el restablecimiento de la democracia acarrearía el final desastroso de los órganos de información que más se habían destacado por su defensa. Fue el caso de la revista *Cuadernos para el diálogo* y, en parte también, de *Triunfo*.

42

Y con todo, la mayor dificultad para estudiar las revistas culturales no está en lo que venimos comentando —que sea una empresa colectiva, que sea cambiante, etc.—. El mayor problema se esconde en la afirmación de Blanca Oria de que “quien se dedique al mundo de la edición sabe que un número 1 no es más que eso, un número 1, y que una vez en el mercado las páginas... vuelven a quedar vacías y listas para volver a ser escritas”. Y es que una revista, estrictamente hablando, no es más que un recipiente con unos pocos rasgos formales que la definen y, algo mucho más abstracto y más impreciso: una línea editorial. De ambas cosas es difícil hablar: en un caso porque es algo demasiado material y concreto y la cosa no da mucho de sí: se puede analizar el tipo de letra, el diseño, etc. pero uno pronto termina de decirlo todo. Respecto a la línea editorial es difícil hablar por todo lo contrario: es algo demasiado abstracto, demasiado indefinible; se podrían escribir libros enteros para, a lo mejor, no decir nada. Esa es la razón de que cuando se trata de estudiar una revista lo normal es terminar hablando de sus colaboradores y de los artículos, pero eso no es la revista.

¿Qué es la línea editorial? Mejor que respuestas, daremos ejemplos. En esto de definir la filosofía que alienta una revista uno se puede encontrar con la precisión de cirujano de

un Ortega, el hermetismo poético de un Lezama Lima o la sencillez de una Victoria Ocampo. En el primer número de *Revista de Occidente* escribía Ortega y Gasset lo siguiente: "Muchas gentes comienzan a sentir la penosa impresión de ver su existencia invadida por el caos. Y, sin embargo, un poco de claridad, otro poco de orden y suficiente jerarquía en la información les revelaría pronto el plano de la nueva arquitectura en que la vida occidental se está reconstruyendo. La *Revista de Occidente* quisiera ponerse al servicio de ese estado de espíritu característico de nuestra época." Y un poco más adelante añadía: "procurará esta revista ir presentando a sus lectores el panorama esencial de la vida europea y americana". Ahí está resumida en un solo párrafo toda una declaración de intenciones. José Lezama Lima en el primer número de *Orígenes*, otra revista mítica, proclamaba la vocación de su

revista de seleccionar propuestas para sus lectores. Con esa retórica tan lezamiana anunciaba: "Cualquiera que sea la actitud que se adopte para valorar el fenómeno artístico, sabemos hoy que nos encontramos ante la dilatada vastedad de un mundo cuantitativo sucesivo, donde las revoluciones y los peces impresionistas, las glorificaciones y la lepras, las más herméticas formas de la clausura y las más dionisiacas descargas populares, ofrecen una violenta riqueza sucesiva que es necesario reducir, en la dolorosa reducción del yo a la nada y de ésta a un nacimiento. Frente a este mundo de violentos ofrecimientos, el hombre muestra su fiera selección, las cosas de las que ha querido hacerse acompañar hasta el final". Incluso en este galimatías uno alcanza a entender que la intención de *Orígenes* va a ser la de desbrozar la jungla de propuestas artísticas para ofrecer a sus lectores lo esencial. Por su parte, Victoria Ocampo en una conferencia que dio en Madrid sobre la revista *Sur* en su treinta aniversario comentaba lo siguiente respecto a los fines que había perseguido su revista: "*Sur* ha tratado no sólo de introducir en América del Sur durante sus treinta y cinco años de vida lo mejor de las Letras mundiales; ha intentado recorrer el camino a la inversa, es decir, llevar lo nuestro al extranjero. Ha servido de puente entre Europa y nuestros escritores. Con perseverancia de mula ha contribuido a hacer conocer lo que se destacaba en Argentina. Esto no sin muchas dificultades. Recuerdo aún la indiferencia con que me escucharon los directores de una de las mejores revistas literarias norteamericanas cuando le hablé de Borges, y les aconsejé que lo hicieran traducir. De esto hace ya la friolera de treinta años. Y el Borges de entonces valía tanto como el de ahora, tan elogiado".

Si fuera posible hacer extensible al conjunto de revistas culturales lo que dicen los directores de tres de las más importantes del siglo XX y si además, en esta época de iconos, se



quisiera resumir en dos imágenes, en dos ideogramas, se podría elegir el puente y la criba para representar lo que es una revista cultural.

Respecto a Navarra no es necesario decir nada de las revistas vivas. Sus propias responsables tienen la palabra en este mismo número. Sí merece la pena, quizá, recordar brevemente algunas que se editaron en el pasado y que, por una u otra razón, son representativas de su momento. Como *Pasajes*, la revista que durante ocho números, a mediados de los años ochenta, dirigió Miguel Sánchez-Ostiz, en compañía de Seraffín Senosiain los primeros números y luego él solo. Fue una revista que además de rescatar a notables escritores españoles casi olvidados, como Joan Perucho, Álvaro Cunqueiro, Carlos Pujol o Pablo Antoñana, estuvo muy atenta a un cambio de sensibilidad que se estaba produciendo por esos años con la introducción tardía de grandes escritores europeos mal conocidos en España hasta entonces: Thomas Bernhard, Andrej Kusniewicz, Vladimir Nabokov, etc. Es interesante repasar la revista a la luz, por ejemplo, de las recientemente editadas *Opiniones mohicanas* de Jorge Herralde. La editorial Anagrama y revistas como *Pasajes* han influido en la formación estética de toda una generación de lectores y, lo que es más importante, de escritores jóvenes.

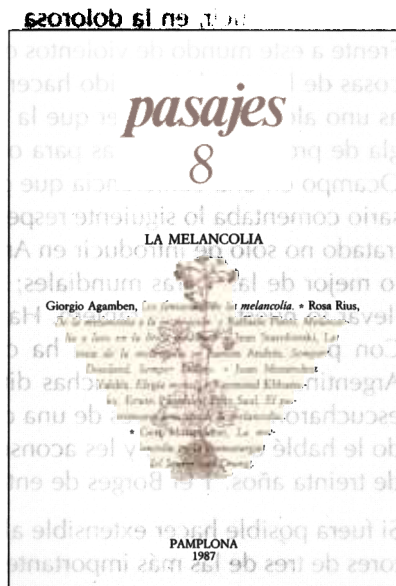
Otra revista que nació en Navarra al abrigo de la editorial Pamiela de la que terminó por desvincularse a partir del número 8 es *Archipiélago*, que se ha convertido en vehículo de expresión para algunos de los pensadores más heterodoxos y radicales del panorama español. Cada número se dedica casi por entero a un tema: la educación, la justicia, la ecología, etc. Algunos con una significación especial, como el que se consagró a estudiar la obra de Rafael Sánchez Ferlosio porque el magisterio del autor de *Mientras no cambien los dioses nada ha cambiado*, su talante, esa

44

voluntad de llegar a la raíz de los problemas está sutilmente presente en casi todos los números de *Archipiélago*.

Si nos vamos mucho más atrás en el tiempo deberíamos mencionar la revista falangista *Jerarquía* de Pamplona dirigida por Fermín Yzardiaga y Ángel María Pascual, aunque sólo sea para destacar el hecho de que varios de sus colaboradores —Dionisio Ridruejo, Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Torrente Ballester— que se paseaban orgullosos de su condición de falangista por la Pamplona de 1937 terminaron, como el doctor Frankenstein, amenazados y perseguidos por la criatura que ellos habían contribuido con tanto entusiasmo a poner en pie.

Me gustaría terminar hablando de *Atalaya*, una revista que hicieron los hermanos Alfonso y Francisco Rodríguez Aldave en Lesaca. El primer



número es de diciembre de 1934 y el segundo y último de enero de 1935. Alfonso Rodríguez Aldave merecería ser mejor conocido en Navarra. Historiador y escritor, se movía en los círculos de ese catolicismo progresista que en la España de la época representaba mejor que nadie José Bergamín. Se puede conocer lo esencial de su pensamiento leyendo el ensayo *La vuelta a Dios*, que publicó precisamente en Atalaya. Alfonso Rodríguez Aldave se casó con la filósofa María Zambrano en septiembre de 1936 y se separó de ella en 1948. Poco después de contraer matrimonio viajaron a Chile donde él había sido nombrado secretario de la Embajada de la República. Después de la guerra hay algunas cartas de Emilio Prados a su familia donde les cuenta las gestiones que está haciendo para poder reunirse con ellos y donde menciona que ha recurrido a Alfonso Rodríguez Aldave que, según el poeta malagueño, conserva buenas relaciones en la embajada. Colaboró en la revista *Hora de España* y, después de la guerra, se exilió. En una conversación telefónica que mantuve hace unos años con él, que vivía en San Sebastián, me dijo que había dedicado su vida a los negocios pero que su interés por la cultura siempre había estado vivo en él y había colaborado en la creación de alguna editorial importante. Juan Manuel Bonet en su *Diccionario de las vanguardias en España* dice lo siguiente de la revista *Atalaya*: “Revista con un cierto parecido a *Cruz y Raya* y de la que salieron dos números; sus redactores fueron el historiador Joaquín Arbeloa (Pueyo, Navarra, 1910), que también colaboró con versos en *Noroeste*, y al que durante la guerra civil encontramos en la franquista *Jerarquía* de Pamplona- y los hermanos Alfonso y Francisco Rodríguez Aldave, el primero de los cuales ocupó cargos importantes en la España republicana y fue esposo de María Zambrano, que elogió esta publicación en *Los intelectuales en el drama de España* (1937). Además de los nombrados, en las páginas de *Atalaya* colaboraron entre otros Jarnés, Luelmo, Marichalar, Pedro Murlane Michelena, Ángel María Pascual —escritor navarro entonces casi inédito—, Salinas, Sánchez Trincado, Seral, Iván de Tarfe y Rafael de Urbano; y en su parte gráfica Juan Cabanas —con unos dibujos muy “vallecanos”— y el fotógrafo José Suárez”. Sorprende que Juan Manuel Bonet pase por alto la colaboración de José María Semprún y Gurrea, colaborador habitual de *Cruz y Raya*, de la francesa *Esprit* y de otras revistas europeas del mismo signo, lo que le convierte casi en un eslabón para conseguir la proyección a la que aspiraba la revista. En el primer número de *Atalaya* puede leerse, en efecto, esta breve nota: “En esta nuestra primera aparición anotamos con la máxima sencillez posible que aspiramos a que *Atalaya* sea el portavoz de las inquietudes juveniles de nuestra provincia y nuestro propósito de que en sus páginas se reflejen los afanes intelectuales de Navarra, España y del Mundo”. Casi nada.